

RINCÓN LITERARIO



CUENTOS DE CURAS Y DE CAMPO

Cuando Cristo quería explicar algo difícil a sus discípulos utilizaba como instrumento la “parábola”, que es una narración de una historia imaginaria, de la que se deduce, por comparación, una verdad importante o

una enseñanza moral. Es como un cuento simbólico de algo real. Este método usado por Jesús para hacerse entender, es utilizado muchas veces por sus representantes, o sea por los sacerdotes. En este caso utilizaremos dos ejemplos de autores que tienen en común dos cosas: los dos son sacerdotes y a los dos conocen las costumbres del hombre de campo. Uno es Leonardo Castellani, cura Jesuita, y el otro es Mamerto Menapache, monje Benedictino.



LEONARDO CASTELLANI

Sacerdote argentino, escritor y periodista. Escribió ensayos de temática religiosa, filosófica y socio-política, novelas, cuentos y poesía. Nació el 16 de noviembre de 1899 y murió el 15 de marzo de 1981.

FLACO Y BARRIGÓN

Le tuvieron lástima al Matungo, que ya no podía con los huesos, y en pago de sus doce años de tiro lo soltaron para siempre en un alfalfar florido. El alfalfar era un edén caballuno, extenso y jugoso, y Matungo no tenía más que hacer que comer a gusto y tumbarse en la sombra a descansar después, mirando estáticamente revolotear sobre el lago verde y morado las maripositas blancas y amarillas.

Y sin embargo Matungo no engordó. Era muy viejo ya y tenía los músculos como tientos. Echó panza sí, una barriga estu-penda, pero fuera de allí no aumentó ni un gramo, de suerte que daba al verlo, hundido en el pastizal húmedo hasta las rodillas, la impresión ridícula de un perfil de caballete sosteniendo una barriga como un odre.

-¡Qué raro!

-No crea. Lo mismo le pasa a mucha gente. Al que lee mucho y estudia poco, al que come en grande y no digiere, al que reza y no medita, al que medita y no obra. Flacos y barrigones.

EL CICUTAL

Don Agapito Puentes vio una plantita de Cicuta al lado de su maizal, y díjole: -No te doy un azadonazo porque tenés florecitas blancas... y por no ir a traer la azada.

Otro día vio un Cardo y no lo cortó, porque tenía una flor azul, y para que comiesen las semillas las Cabecitas Negras. Medio poeta el viejo, cariñoso con las flores y los pájaros. Por un cardo y una cicuta no se va a hundir la tierra.

Pasaron los dos meses en que el pobre estuvo en cama con reuma, y cuando se levantó se arrancaba los pelos; había un cicutal tupido hasta la puerta de su rancho todo salpicado de cardos; y su maíz, tan lindo y pujante, había desaparecido casi. Entonces sí que había florecitas blancas.

-¡Hay que desarraigar el mal aunque sea lindo, y cuanto más lindo sea, más pronto hay que dar la azadonada! -dijo el viejo-. Velay, a mi edad, ya debía haberlo sabido.

TALLER LITERARIO:

Vocabulario.

Matungo: caballo viejo.

Edén: Paraíso.

Odre: saco de cuero o piel para guardar líquido

Cicuta: planta venenosa.

Azada: instrumento para labrar la tierra

Pensando después de leer:

En el cuento Flaco y Barrigón ¿cuál es la comparación que utiliza el autor?. Este cuento tiene una enseñanza ¿te animás a explicarla?

En el cuento “El cicutal” ¿cuál es la razón por la que Don Agapito no corta la planta de cicuta ni el cardo? ¿Qué consecuencias trajo? y ¿cuál sería la moraleja del cuento?



MAMERTO MENAPACHE

Sacerdote argentino. Nació el 24 de enero de 1942 en Malabrido, región del Chaco santafesino, en el norte de la provincia de Santa Fe. Es monje Benedictino del monasterio Santa María de Los Toldos.

LA SEMBRADORA

Teníamos en el campo una vieja sembradora. Un largo cajón de chapa, pintado de colorado, descansaba sobre el eje que a intermitencias se conectaba con engranajes y otros artilugios que daban a los engranajes, la semilla caía dentro de unos tubos de hojalata articulados en forma de resortes.

De allí saltaba al pequeño surco que justo delante del tubo iban abriendo dos discos de hierro, para ser enseguida tapadas por la tierra que sobre ella tiraban dos patitas que venían más atrás.

En fin: una maravilla de aparato. Al menos así nos parecía a nosotros los niños, a quienes todo lo que fuera mecánica y engranajes nos fascinaba. Sobre todo nos admiraba ver a los mayores que, en los días anteriores a la siembra, armaban y desarmaban bujes, engrasaban ejes y estiraban correas con una sabiduría que nosotros contemplábamos absortos. La sincronización de tantos elementos, que nosotros no lográbamos entender, nos parecía casi cosa de magia. Realmente la sembradora era una gran máquina. Podía sembrar el algodón en surcos equidistantes y en cada surco las plantas guardaban la distancia justa unas con otras. Cuando los mayores insistían en que la máquina ya era vieja y no rendía el trabajo, nosotros los pequeños no entendíamos el por qué.

Pero un año el algodón anduvo muy bien. En casa se hablaba de renovar las herramientas. Y un día vino un señor a hablar de negocios. A la semana en el patio apareció una sembradora nueva, distinta de la que conocíamos, recién pintada. La admiramos pero no la entendimos. Y con la llegada de la nueva, la vieja máquina de cajón y engranajes fue desarmada. Los fierros fueron a

parar detrás del galpón, donde se amontonaron con otros similares y diferentes que procedían de los instrumentos más variados. Las ruedas y el eje se vendieron a un vecino. Y el largo cajón se llevó al gallinero, donde terminó siendo el cobijo para las ponedoras. Fue lo único identificable de la vieja máquina que seguimos viendo aún por varios años.

La experiencia del derrumbe de nuestra vieja amiga de infancia podría haberme hecho perder el cariño y la fe por los algodones si no fuera porque los seguía viendo surgir año a año de nuevo en los campos. Porque la verdad del algodón no dependía de la sembradora. Esta había sido simplemente un vehículo para poner en relación las dos cosas verdaderamente importantes: la tierra y la semilla. La verdad del algodón descansaba en la fertilidad de la tierra y en la fecundidad de la semilla.

La verdad de un compromiso no depende la coherencia de vida del que te lo transmitió. Depende de la fertilidad de la Palabra de Dios y de la fecundidad de tu corazón.



TALLER LITERARIO:

Vocabulario.

Artilugio: mecanismo o aparato de manejo complicado

Pensando después de leer:

¿De qué nos habla el relato?

¿Qué experiencia señala?

¿Con qué historia compara a las personas que “siembran” en los otros la Palabra de Dios?

¿Qué sucede, a veces, cuando estas personas “flaquean” en su fe, o la pierden, o viven de una manera muy distinta a la que nos transmitieron? ¿Qué es lo importante que muestra la historia de la sembradora?